

La voz de nuestros pastores

(HOMILÍA DE NUESTRO QUERIDO ARZOBISPO, MONS. EDUARDO VICENTE MIRÁS, EN NUESTRA COMUNIDAD. JUEVES DE PASCUA, 15 DE ABRIL DE 2004)

Queridos hermanos: estamos en el día más grande de las celebraciones cristianas, porque toda la semana es como el día de la Pascua, como el día de la Resurrección del Señor.

Las enseñanzas que nos deja la Palabra de Dios de esta Santa Misa yo creo que tienen una importancia que es fundamental para toda vida cristiana, pero principalmente para nuestra vida de ministerio.

La proclamación de la Palabra de Dios de hoy nos pone la última página del tercer Evangelio. Es la última aparición que Lucas narra: el regreso de los discípulos de Emaús a contarle a los que estaban reunidos que habían visto a Jesús. Y se encuentran con aquellos a quienes iban a testimoniarles que habían visto a Jesús, también eran testigos. Porque Jesús se le había aparecido a Simón. Porque las mujeres lo habían visto también. Cristo había testimoniado su presencia, para confortar la fe de los que dudaban.

Y como si fuera poco, ahora, se les aparece Jesús a todos reunidos.

De esta aparición remarcaría para la reflexión estas tres cosas:

Primero: se les aparece dando la paz. Seguramente fue el viejo y eterno saludo de los judíos: *shalom*. La paz del Señor esté con ustedes.

Siempre que Cristo llega infunde paz. Es importante que lo tengamos en cuenta para dentro de nuestro propio corazón y para que lo comprendan aquellos que dependen de nuestra enseñanza, de nuestra dirección espiritual... Cuando Cristo llega, infunde paz. El corazón se aquieta. El no puede venir a confundir.

Puede venir a producirnos en el alma un profundo arrepentimiento. El arrepentimiento en todo caso es angustia porque el hombre está lejos de Dios, pero no es falta de paz; al contrario es el camino para sentirse perdonado realmente por Dios. Cristo lleva siempre consigo la paz.

Y nuestro ministerio también tiene que ser eso: llevar la paz en nosotros, y ofrecer la paz a aquellos a quienes nos escuchan, o a quienes, como decía recién, dependen de nuestra dirección espiritual o de nuestro consejo, en el sacramento de la penitencia, o, en fin, en los retiros o ejercicios espirituales que se prediquen. En todo lo que se haga en el ministerio sacerdotal.

Y prontamente, después de darles la paz, **en segundo lugar, les muestra las llagas.** Es como decir estoy resucitado porque padecí. Mis llagas están aquí. Ahora son gloriosas, pero tuvieron que ser llagas. De lo contrario no podrían ser llagas gloriosas.

Como diciendo: sin la mortificación sin el dolor sobre nuestras propias apetencias, no se logra la glorificación. No se logra esta participación del triunfo de Cristo. Yo, dice Pablo, tengo la misión de predicar a Cristo y Cristo crucificado. Sin las llagas de Cristo no se habría dado el perdón de nuestros pecados. Las llagas son un símbolo de la muerte de Cristo. Sin la Pasión de Cristo, no se hubiera dado el perdón de nuestras culpas.

Y en tercer lugar viene el testimonio. Y, ¡qué testimonio! “¿*Tienen algo de comer?*” Y le ofrecen lo que habría quedado de la cena. Y Cristo delante de ellos se sienta a la mesa, o se recuesta (según las costumbres) y come. Para que vean, y El mismo lo dice, que no es un fantasma, que es un ser real. Los fantasmas no comen.

Es verdaderamente el mismo Cristo de siempre. Que pasó por las llagas y resucitó.

Y luego de esto pide que se lleve su mensaje por todos lados. Les abrió la inteligencia. Pero les indicó que debían llevar esta verdad: que el Mesías tenía que sufrir y resucitar de entre los muertos al tercer día, para que, comenzando por Jerusalén, en su nombre se predicara a todas las naciones la conversión para el perdón de los pecados.

Ese es el fin de la predicación: buscar la conversión, para dejar el bálsamo del perdón que podemos otorgar en el nombre de Dios. Ese poder que Dios puso en nuestras manos: «*Yo te absuelvo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*». Y de esta manera acrecentar la paz en el corazón de los que se acercan a Cristo, a través de nuestro propio ministerio.

Por eso nuestra predicación es la predicación de Cristo, y de Cristo crucificado.

Siendo testigos, como fue testigo Cristo de su propia Resurrección. Ser testigos con nuestra vida; no solamente con nuestra palabra, sino también con nuestra vida, de que vale la pena seguir al Señor.

Y luego con nuestra palabra extender su Evangelio, para que el mundo pueda conocerlo más profundamente, amarlo y seguirlo, y así salvarse.

Siempre tengo la angustia de pensar que Cristo es «el gran Desconocido». Yo creo que no hubo tiempo en la historia en el que se ha hablado de Cristo como hoy. Y que se habla tan tontamente. Porque no se sabe lo que se dice acerca de Él. Se habla de Cristo, sin saber quién es realmente.

Y tal vez se deba a que hace falta que ahondemos más profundamente nuestro ministerio para dar a conocer claramente su identidad de Dios Encarnado, muerto, resucitado y gloriosamente vivo junto al Padre para interceder por todos. Dios los bendiga.

Visitas ilustres

El pasado 13 de enero de 2004 nuestro querido **Mons. Rinaldo Fidel Bredice** (obispo de Santa Rosa, La Pampa) estuvo de paso en nuestra casa. Lo traían sus dos infaltables acompañantes y viejos amigos: el Sr. Domingo Criscenti y el Sr. Andrés Gariboldi, ambos miembros de nuestra Obra.

En esa ocasión (como en todos sus pasos por Casa) nos edificó y alegró con jugosas anécdotas de su nutrida experiencia pastoral.

¡Gracias Monseñor por su alegría y celo, que nos comunica con sus visitas!



También tuvimos el honor, una vez más, de recibir a nuestro querido Arzobispo de Rosario, **Mons. Eduardo Vicente Mirás**, quien vino a celebrar con nosotros la alegría de la Pascua el jueves 15 de abril de 2004, con su secretario, Pbro. Osvaldo Macerola.

Primero celebramos la Santa Misa, en la cual nuestro Padre y Pastor nos brindó una hermosísima homilía, de la que ofrecimos un extracto como apertura de este número.

Y luego de recorrer las instalaciones de nuestra Casa en construcción, pasamos al comedor donde almorzamos y tuvimos con él una larga, jovial y formativa sobremesa.

Todos disfrutamos de esos momentos tan hermosos.

¡Gracias por hacernos sentir cada vez más hijos de la Santa Madre Iglesia!



Viajes a Estados Unidos:

En el pasado mes de febrero de 2004, los queridos **Padres Jorge Piñol CR y Diego Crisafulli CR**, fueron a Estados Unidos para organizar las tandas que se darían en Mayo en Washington y las de Octubre - Noviembre en Miami.

El espacio del que disponemos no nos permite describir la cantidad de detalles recibidos tanto de hijos e hijas de la Obra, como de los sacerdotes, que los recibieron y sirvieron con exquisita caridad.

Destacamos la visita al nuevo Obispo Auxiliar de Miami, **Mons. Felipe de Jesús Estévez** (foto), quien los recibió muy paternalmente.

Además de diversas reuniones, los padres predicaron un retiro en la **Pquia. Santa Cecilia**, de Hialeah (Miami), el sábado **7 de febrero**, con una concurridísima asamblea de fieles. Agradecemos al párroco **Mons. Emiliano Ordax** y, en especial, al **Pbro. Luis García**, vicario, que fue el organizador del mismo.

Otro retiro predicaron en la Arquidiócesis de Washington, en el **Holy Family Seminary**, Silverspring (Maryland). El mismo ocurrió el sábado **21 de febrero**, también con muchos asistentes.

En el mes de mayo viajaron a norteamérica los **Padres José Laxague CR y Gustavo Mántaras CR**, que predicaron las tradicionales tandas de hombres y mujeres en la casa Washington Retreat House, cuyas fotos ofrecemos junto con las de las tandas en nuestro país.



Necesitamos ayuda:

La foto refleja la situación de las obras de la Casa de Ejercicios Espirituales.

La situación económica del país está dura para todos, pero más para los que viven de la caridad.

Pedimos su ayuda. Vuestra colaboración nos permitirá construir este complejo de habitaciones, para que Ud. y muchas otras personas puedan disfrutar

de un retiro ignaciano con la privacidad y comodidad indispensables, que, hasta ahora, no hemos podido ofrecerles siempre.

Si está interesado en ayudar puede comunicarse con nosotros por alguno de los medios que figuran en la contratapa. MUCHAS GRACIAS.

An inolvidable viaje a España y Roma

Todo comenzó el año pasado, cuando nos preparábamos a celebrar, con inmenso gozo fundacional, los 75 años del Padre. Ya desde hacía bastante tiempo, un hermano de la Comunidad, me había sugerido que le pidiéramos a un sobrino de nuestro Padre que le haga un reportaje filmado a nuestra muy querida Abuela Luisa (como le decimos cariñosamente en casa), sobre aquellos inolvidables y entrañables recuerdos de la infancia y adolescencia de su hijo, que, seguramente, guardaría con mucho amor en el cofre de su memoria, y que nosotros, naturalmente, ignorábamos. Esta maravillosa idea la quisimos llevar a la práctica, y así fue como escribimos a la Sra. Marisa, hermana de nuestro Padre, residente en «Las Arenas» (localidad a 20 minutos, en auto, de Bilbao, provincia de Vizcaya), para que le hiciese ella misma el deseado reportaje a su madre, con una serie de preguntas históricas, cuyo listado los Padres habíamos preparado.

Así fue como la Sra. Marisa cumplió nuestros deseos, y con la eficaz ayuda de su hijo Javier, realizaron un estupendo trabajo «periodístico», y nos enviaron el anhelado reportaje en un video pequeño, que nosotros, con la ayuda de un técnico amigo nuestro, perito en esta materia, adaptamos al sistema PAL-N.

Cuando nuestro Padre y todos nosotros, en familiar tertulia, el pasado 17 de octubre, vimos en nuestro monitor a la hermana del Padre con su Mamá respondiendo a todas y cada una de las preguntas, sufrimos un «impacto» emocional muy fuerte. La Abuela Luisa, lucidísima, nos hablaba como un «General de Caballería», con un talante, una compostura y una velocidad mental arrolladora tales que todos nos quedamos «pasmados» ... ¡y el 24 de diciembre iba a cumplir 95 años! A nuestro Padre le conmovieron estas palabras de dolor y de resignación, salidas del corazón de su madre: «**Lo único que lamento, Pepe, es que ya no nos veamos más... Te deseo, Pepe, que pases un día muy feliz (el día de su cumpleaños) en compañía de todos los Padres y hermanos... de todos los legionarios y legionarias...**»

El **Gran Día de la Solemnidad de CRISTO REY**, junto con todos nuestros legionarios/as y sus familias, provenientes de distintos -¡y distantes!- puntos de la Patria, vimos, como colofón final de la Fiesta, la proyección de este «reportaje inédito». ¡Todos nuestros hijos e hijas de la Obra, quedaron sobrecogidos de admiración por el «temple de acero» de la Abuela Luisa!

Días después, me llama nuestro Padre a su habitación, después de la Santa Misa de Comunidad, y me dice: «*Estaba pensando en ir a visitar a Mamá. Si tú consigues los pasajes gratis, tú te vendrías conmigo. Pero tienen que ser gratis, porque es mucho el gasto, y no podemos faltar a la pobreza*»... Me puse de rodillas y a llorar de emoción... ¡Fue un momento que jamás podré olvidar!

El bendito de San José nos ayudó, a través de un matrimonio muy generoso de Rosario, a pagar el pasaje del Padre Fundador, y el mío lo pagó un grupo de personas

amigas de la Fundación, más una legionaria muy desprendida y dadivosa. A todo esto hay que añadir que un buen día, estando ya decidido nuestro viaje por la generosísima bondad de la Divina Providencia, llama, desde **Roma**, el Dr. Juan Manuel del Corazón de Jesús Estrella (joven médico legionario), quien junto con su esposa Mariana Lucía (también legionaria), están estudiando «Bioética» con los legionarios de Cristo en el Ateneo «Regina Apostolorum»... (¡teniendo una familia de seis niños!). Le comento que viajaremos a España a visitar a la Abuela Luisa, en el mes de enero: «**¡Entonces tiene que venir el Padre Fundador a Roma a ver al Santo Padre y a visitarnos!**» - fueron sus palabras inmediatas-. Le comenté a nuestro Padre los deseos de Juan Manuel, pero no estaba en los planes del Padre viajar a Roma. Todo quedaba con un interrogante cuando la tarde de un domingo de enero, después de las Vísperas y la Adoración Eucarística, llama nuevamente Juan Manuel para decirme que si el Padre iba a Roma, había ya una posibilidad para que tuviese una entrevista con el Santo Padre, y que hasta podría concelebrar con el Cardenal Joseph Ratzinger en una Misa privada. Se lo comuniqué inmediatamente al querido Padre, quien me respondió: «**Si se dan esas condiciones, iríamos a Roma**»

Así las cosas, el 20 de enero, en medio de un ambiente familiar de despedida, tristeza y alegría mezcladas, ¡todo junto! (alegría por la visita entrañable del Padre a su Mamá, y a su hermana Marisa, su cuñado Mariano y sus nueve sobrinos, y tristeza por la larga ausencia del Padre, la mayor desde los comienzos de la Fundación), partimos de Casa Madre a Ezeiza., llevados «en andas» por la Divina Providencia.

El avión despegó (hay que decir que una comitiva de legionarios y legionarias de Bs.As. nos vino a despedir con mucho amor filial...) y nos dirigimos a **Santiago de Compostela**, y de allí a **Madrid**. Estuvimos unas horas en Madrid, visitando a los hermanos en religión de la Congregación a la que perteneció nuestro Padre. Luego tomamos el avión rumbo a Bilbao. ¡Qué inolvidable y emocionante fue el encuentro del Padre con su hermana y su cuñado Mariano, después de veintiocho años sin verse! Obviamente, la Abuela se había quedado en casa, pues no puede tomar fríos. Creo que una de las escenas más maravillosas que he visto en treinta años junto al Padre, ha sido su abrazo con su Mamá. **¡Qué reencuentro más entrañable, después de diecisiete años sin verse!** La familia nos agasajó lo más que pudo. El 28 de enero fuimos solos a **Toledo**, a visitar la tumba del papá del Padre, sepultado en el **histórico Alcázar** -¡«Símbolo viviente» de la Cristiandad hispánica, vindicadora de los Derechos de DIOS y alzada



**Junto al Padre, la abuela Luisa y su hermana.
De Pie: el P. Daniel y el Sr. Mariano.**

con justicia contra la prepotente canalla marxista en la pasada Guerra Civil!- pero, desgraciadamente, estaba cerrado por obras de refacción. Hicimos entonces una



El Padre debajo de la estatua de la victoria, detrás, el Alcázar de Toledo.

verdadera peregrinación por las callejuelas toledanas, plenas de historias centenarias, en pos de las benditas «huellas» de **San Juan de la Cruz**. Visitamos la monumental Catedral, cargada de recuerdos inolvidables de un pasado cristiano gloriosísimo, cuyas impresionantes obras artísticas, en su «mudez» de piedra, nos hablaban del ardiente amor de aquellos ignotos artesanos, escultores y artistas, de una España Católica inmortal. Luego volvimos a **Bilbao**.

El 31 de enero la familia anfitriona nos llevó a **Pamplona**, para saludar a María José y a Gabriel, sobrinos del Padre, residentes allí, y, además, para conocer la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, fundada por San Josemaría Escrivá de Balaguer. Los hijos y las hijas de San Josemaría nos trataron allí con toda cordialidad y deferencia. El 7 de febrero nuevamente salimos, esta vez sólo con el matrimonio, hacia **Loyola**, patria chica del gran «**campeón de la Reforma católica**» -como dice maravillosamente el Santo Padre (L'Osservatore Romano 2/8/1991)-, nuestro Patriarca **San Ignacio**. ¡Fue una experiencia espiritual fortísima «estar» en la «Casa-Torre» donde nació y se entregó a DIOS Iñigo López de Loyola! Allí fuimos guiados por la palabra de un jesuita historiador, que fue sumamente amable con nosotros. Era para quedarse horas en oración silenciosa y reverente ante el Sagrario, justamente en el preciso lugar donde Iñigo se entregó al AMOR de DIOS...Pero la Divina Providencia todavía nos deparaba una «colosal sorpresa»...

ROMA: «Vidére Petrum!»

Alfonso María, sobrino del Padre (que trabaja en el Vaticano), y los esposos Estrella estaban ansiosos por vernos... Estos últimos nos armaron un programa estupendo, único. En efecto, partimos en avión desde **Bilbao** el día 9 de febrero, por la tarde, y en dos horas estábamos en **Roma**. ¡Qué bienvenida más simpática nos dieron los esposos Estrella con sus seis hijos y Alfonso María! Al día siguiente debíamos estar en el **Vaticano**, en el **Palacio del Santo Oficio**, para concelebrar con su **Eminencia Rvma. el Cardenal Joseph Ratzinger en su Capilla privada**, a las 7.30hs. ¡Un gesto único de deferencia preferencial que quiso tener el Cardenal con nuestro Padre! Los esposos Estrella son muy asiduos en concurrir a la Misa que todos los jueves celebra el Cardenal Ratzinger en el Vaticano, en el Cementerio de los Teutónicos, y, más de una vez, le han hablado del afecto filialísimo, admiración y estima que siente nuestro Padre por él en su ministerio de Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, siempre tan ligado al Santo Padre y a sus preocupaciones por la defensa de la

«sana doctrina». Recuerdo personalmente con qué alegría el Padre recibió el libro **«Informe sobre la Fe»** (¡hace casi veinte años!... ¡y hoy sigue siendo más actual que nunca!), donde **Vittorio Messori** le hacía un reportaje al Cardenal sobre la situación general de la Iglesia. Cada artículo, cada libro y cada documento que publica el Cardenal, el Padre los «devora» y nos transmite sus contenidos.

Además del Secretario del Cardenal, Mons. Georgio, concelebró con nosotros el querido P. Luis María Rodrigo Ewart, antiguo compañero del seminario de Paraná, quien nos trató con una caridad más que exquisita. Después de la Santa Misa saludamos al Cardenal en el pórtico de la Capilla, con toda la familia Estrella y Alfonso. El P. Luis Rodrigo le refirió al Cardenal la veneración, admiración y afecto que le tenía el P. Torres-Pardo, en un italiano muy pulcro. El Padre le comentó de nuestra Fundación en Argentina, de nuestro carisma y nuestros fines específicos.

El Cardenal Ratzinger nos impresionó por su humildad, su sencillez y su irradiante paternidad pastoral... ¡todo lo contrario de lo que dicen de él los «teólogos neomodernistas del disenso» y los «sabihondos lefebvristas»!

Antes de irnos, nuevamente le pedimos la bendición, poniéndonos de rodillas. El Padre le dijo al Cardenal, antes de marcharnos: «Eminencia, nosotros, aunque vivimos en Argentina, «en espíritu», vivimos aquí, en Roma». El Cardenal, con una amplia sonrisa, respondía: «¡Gracias, gracias!». El P. Luis María nos llevó en su auto a conocer los jardines del Vaticano y el Monasterio de clausura. ¡Todo parecía un «sueño»! Nos despedimos y fuimos a visitar las **«Excavaciones de San Pedro»**... ¡hasta llegar a la tumba del glorioso Apóstol Mártir, primer Papa de la historia de la Iglesia! ¡Ese momento fue estremecedor! ¡Jamás lo podremos olvidar! Saliendo de las criptas vaticanas, oramos ante los benditos cuerpos incorruptos de San Pío X y del Beato Juan XXIII, visibles detrás de unas vitrinas. ¡Impresionante!

Al día siguiente, **11 de febrero, Fiesta de Nuestra Señora de Lourdes**, fuimos a la Audiencia General en el **Aula Magna «Paulo VI»**, acompañados de Alfonso María. Ese día era la Jornada Mundial de Oración por los Enfermos, y, además, el Estado del Vaticano estaba de asueto, pues se cumplían 75 años exactos de los llamados «Pactos de Letrán», firmados el 11 de febrero de 1929, en virtud de los cuales el Estado Italiano reconocía a la Santa Sede en un Estado soberano con territorialidad propia, zanjando de una vez por todas la llamada «Cuestión romana». Gracias a la Divina Providencia, conseguimos una tarjeta para que nuestro Padre pudiera saludar al Santo Padre, después de la Audiencia. ¡Así fue! ¡Qué alborozo inexplicable fue ver al Padre Fundador hincado de rodillas ante el «Dulce JESÚS en la tierra» y recibir de su fulgurante santidad, su paternal Bendición! La persona del Santo Padre sigue



El Cardenal Ratzinger, Mons. Rodrigo, el P. Daniel y el Padre Fundador.

arrebatando de amor, alegría y admiración a los peregrinos. ¡Es un «titán» de santidad colosal! En dos noches seguidas pasamos por la Plaza de San Pedro (eran alrededor de las 23.00 hs.) y aún estaban prendidas las luces de su habitación: «El Santo Padre está trabajando por nosotros»... me decía en mi corazón.

Aquel 11 de febrero, por la tarde, fuimos a visitar la Casa Prelaticia del Opus Dei, donde veneramos los restos mortales de San Josemaría Escrivá de Balaguer, pudiendo celebrar la Santa Misa sobre su sepulcro. Después nos aventuramos a ir a la Iglesia del «Gesù», donde descansan los restos de **San Ignacio**, y se conserva un brazo de **San Francisco Javier**, en un relicario. Deseábamos pedir un turno para poder celebrar la Santa Misa al día siguiente, junto al sepulcro de nuestro gran Patriarca, pero un buen Padre jesuita, nos convenció para que mejor celebremos el Santo Sacrificio



en la «Camerata», es decir, en la habitación donde San Ignacio vivió los doce últimos años de su vida, y donde entregó su último aliento a DIOS, AMOR de su vida. Así fue. Al día siguiente, acompañados de Alfonso María y de la familia Estrella, celebramos esa Eucaristía inolvidable, cargada de intenciones fundacionales y de un profundo agradecimiento al «gigante Caballero andante a lo divino» y «Loco enamorado» de la **REALEZA DE CRISTO**. En esas

habitaciones, restauradas con ocasión del V Centenario de su Nacimiento, nuestro santo Patriarca redactó las Constituciones de la Compañía de Jesús, planeó la conquista del mundo para su **GRAN REY**, escribió más de siete mil cartas, y despidió a San Francisco Javier antes de enviarlo a las Indias Orientales. ¡Otra experiencia ignaciana fortísima para transmitir a los hijos e hijas de la Fundación!

El día 13 fuimos a despedirnos del P. Luis Rodrigo en el Vaticano. Tuvo la maravillosa delicadeza de regalarnos muchos Documentos de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, y algunos rosarios bendecidos por el Santo Padre. Nos despedimos. Volvimos a entrar en la monumental Basílica de San Pedro a fin de despedirnos «en espíritu» del «Dolce Gesù della terra» -como diría la gran Doctora Santa Catalina de Siena- y nos dirigimos al Aeropuerto de Fiumicino, para regresar a España. ¡Qué tristes son la «despedidas» en esta vida! Con pesar nos separamos de la queridísima familia Estrella y de Alfonso María. ¡Nos brindaron todo su tiempo, pero, sobre todo, su corazón, con su disponibilidad siempre abierta a nuestras necesidades! En Bilbao nos esperaban la hermana del Padre y su esposo Mariano, quienes nos llevaron en seguida a «Las Arenas», donde nos reencontramos con la Abuela Luisa y le contamos todas nuestras «vivencias romanas» entrañables, profundamente entrañables. Pero se acercaba el día de nuestro retorno a Argentina...

El domingo 15 vino María José desde Pamplona para despedirnos, lo mismo que Javier y su esposa María con sus hijitas pequeñas, que se habían encariñado con

su «Tío Pepe». Pero no podré olvidar jamás aquella dolorosa despedida del Padre con su Madre, «mujer fuerte española», de raza: «¡Ya no nos vemos más!», exclamó la Abuela Luisa, al ir a abrazar a su hijo... -«¡Sí va a volver!, porque ya dijo que regresaría si tuviera lugar la beatificación de la reina Isabel ‘La Católica’», agregué yo en seguida. Sacamos fotos, nos abrazamos y nos fuimos. Al día siguiente, nos despedimos de los esposos anfitriones. Mariano nos llevó al aeropuerto de Bilbao. De allí a Madrid, y de Madrid a Bs.As. En Ezeiza nos encontramos con una delegación de legionarios y legionarias, que quisieron ir a recibirnos a las 23.30 hs. del día 16, lunes. ¡Que NUESTRO REY LES RECOMPENSE POR TANTO AMOR FILIAL! La Comunidad nos recibió con una alegría indescriptible. Así, «al aire de tu Vuelo», SEÑOR, nos trajiste nuevamente a «nuestro Tabor». ¡BENDITO SEAS POR TANTO AMOR!

P. DANIEL TOMÁS CR

EN HONOR DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Se vuelve luz su mirada
cuando nos habla de amor
y nos da con su palabra
de la Verdad, el esplendor.

Es luchador y viajero,
embajador del amor,
convinciente en sus enseñanzas,
profeta de la resurrección.

La Buena Nueva gritando,
en donde quiera que esté,
su lema sigue aplicando:
“No tengáis miedo, tened Fe”.

Y así arremete caminos,
perdonando sin rencor,
y en ese ambiente de amigos
el teólogo se vuelve Pastor.

Impaciente en su afán apostólico,
nada lo hará detener,
tiene a Jesús por garante,
nada debemos temer.

Para él Dios no sólo existe,
vive en su corazón.
Es el ejemplo viviente
del Siervo de los siervos de Dios.

¿Que su voz ya no es tan clara
y que vacila en su andar?
Que lean lo que él aún escribe
los que empiezan a dudar.

Es Roca firme la Iglesia
y en ella apoyado está.
Es Jesús quien la sostiene
nada le puede faltar.

Y así va abriendo caminos
el Papa de la bondad;
caminos que siguen la huella
del Dios que en el Cielo está.

Oh Papa, Padre querido,
ejemplo de santidad,
ruega por este mundo oprimido
de injusticias y maldad.

A tu ruego a Cristo unimos
el nuestro, para lograr
el mundo que siempre anhelaste,
un mundo de amor y paz.

*Sra. Carmen de Reale.
Legionaria de Bahía Blanca.*

Solemnidad de Cristo Rey 75 años del Padre

En un espléndido día, que reflejaba a la perfección la alegría de los corazones, nos reunimos para celebrar nuestra gran solemnidad de «Cristo Rey», el Domingo 23 de noviembre de 2003. La fiesta era doble, porque le sumábamos el 75 cumpleaños de nuestro Padre Fundador.

Fue una tarde verdaderamente de gracia. Porque no sólo se encontraban legionarias y legionarios de las distintas zonas del país: Rosario, Buenos Aires, Bahía Blanca, Córdoba, Junín, Necochea, etc; sino que también nos acompañaban varios hijos de nuestra Obra en Estados Unidos: de la diócesis de Washington estaban la presidenta, Sra. Aracely Escobar (guatemalteca), y las Sras. Marta Camargo (colombiana) y Marta Morilla (santafesina), esta última por segunda vez visitando su Casa Madre. Y de la diócesis de Miami se encontraba nuestro querido matrimonio de Jorge y Marcela Krauss, argentinos, con sus dos encantadoras hijas: Josefina y Catalina, que por primera vez podían volver a su patria, después de años de espera, coincidiendo este viaje con nuestra fiesta anual. ¿Casualidad? ¡No!: Providencia divina.

Lo primero fue la Santa Misa, con toda la Solemnidad que nuestra pobre capacidad podía ofrecerle a tan magno Rey. Cantamos la Misa De Angelis. Y una vez más nuestro Padre Fundador ofrendó a la Trinidad soberana una preciosa homilía, llena de la unción y del fuego que le caracterizan.

Terminada la misa pasamos al parque de nuestra casa de retiros para saludarnos y compartir la alegría de reencontrarnos, mientras las legionarias y los legionarios de Rosario preparaban las mesas para el almuerzo fraterno.

Aprovechamos para agradecer a todos los que trabajaron en la preparación y desarrollo del mismo, así como a aquellas personas que nos ayudaron con sus donaciones y que quedaron en el anonimato, pero sólo a los ojos humanos, porque el Señor los tiene muy presentes...

Terminado el almuerzo y después de un rato de sana expansión, comenzamos el homenaje que en la persona de nuestro Padre Fundador hacíamos a nuestro Rey. Nada más justo que homenajear en esa fecha a quien llevaba 75 años, toda una vida, al servicio de la proclamación de la Realeza divina.

Primero hicimos la entrega de los abundantes regalos que, como expresión de su agradecimiento, le hicieran sus hijos e hijas, consagrados y laicos.

Luego le dimos la palabra a algunos miembros de nuestra gran Familia, para que expresaran lo que el Padre significa en sus vidas. Así pasaron y nos edificaron con sus testimonios los padres Gabriel, Pablo, José y Daniel, el Hno. Luis Ospital, las Sras.



Ana María Prieto y Aracely Escobar, y los Sres. Rafael Indurain y José Pereyra Mendieta.

Entre cada uno de los testimonios alternamos un canto, ya religioso, ya folklórico, a cargo del coro 'Las voces del río' (en el cual canta la Sra. María Rosa Castelloti, esposa de un querido legionario de Rosario), amenizando la fiesta con bellas melodías hermosamente cantadas.

Terminados los testimonios de los hijos, vino el del Padre. Fue sencillamente conmovedor, hasta las lágrimas. Agradeció todo lo que el Señor le había dado a lo largo de estos 75 años de vida... Comenzó con su infancia y su hermosa familia, hasta llegar al hoy y a la nueva Familia que pone en sus manos, sin ocultar los sufrimientos y preocupaciones que le embargan el corazón, pero, a la vez, con la inmensa alegría que de la Santísima Trinidad recibe a cada instante.

Para finalizar había una sorpresa: la mamá del Padre, la 'abuela Luisa', y su hermana Marisa, habían grabado un video y lo mandaron desde España para esta ocasión. Con un proyector lo vimos todos, y no pudimos contener las lágrimas. Sus palabras expresaban una cercanía maravillosa, a pesar de la distancia...

Luego vinieron las despedidas. Todos nos volvíamos a nuestras tareas ordinarias, pero con una convicción: EL AMOR DE NUESTRO REY POR NOSOTROS ES INFINITO, PERMANECE PARA SIEMPRE.

Después de esta fiesta del espíritu nuestras legionarias de Washington se

quedaron en casa para hacer un retiro ignaciano de tres días, del cual salieron renovadas para transmitir en todo el mundo la **Realeza Social de Nuestro Señor Jesucristo.**



El Padre Fundador y la Comunidad del Instituto «Cristo Rey» invitan a la Ordenación Sacerdotal de nuestro diácono, Hno. Fernando Javier Sarpicelli «.

La misma se realizará por la oración e imposición de manos de nuestro Sr. Arzobispo de Rosario, Mons. Eduardo Vicente Mirás. Y tendrá lugar en la sede del Instituto (Tlacasto 113, Roldán), el Domingo 12 de septiembre, a las 11:00hs.

Finalizada la misma compartiremos el ágape fraterno para homenajear a nuestro divino Rey en la persona de este nuevo Ministro Ordenado de nuestra Santa Madre Iglesia.

Un nuevo Diácono para el Rey

Una semana después de la gran Solemnidad de «Cristo Rey», el sábado 29 de noviembre de 2003, tuvimos la gracia de que nuestro Sr. Arzobispo, Mons. Eduardo Vicente Mirás, viniese a casa para la Ordenación Diaconal de nuestro querido Hno. Fernando Javier Serpicelli.

Asistieron a esta fiesta en honor de nuestro Rey las legionarias y los legionarios de Rosario, un nutrido grupo de familiares y amigos del Hermano, el coro del seminario, que enriqueció bellamente la Sagrada Liturgia con sus cantos, y algunos sacerdotes diocesanos que venían a acompañarnos en nuestra alegría. Entre ellos el rector del seminario, Pbro. Gustavo Rodríguez. También se encontraba el Pbro. Samuel Martino, pastor de la Parroquia 'San Pablo' de Villa Constitución, especialmente ligado al nuevo diácono por conocerle desde pequeño.

La ceremonia, realizada en el 'Cenáculo', fue muy sencilla y emotiva, con una hermosísima homilía de nuestro Padre y Pastor diocesano.

Luego del sagrado rito se realizó el agasajo al nuevo Ordenado. Pasamos al salón 'Santo Tomás', donde las legionarias habían preparado todo con exquisita delicadeza y buen gusto. Se entregaron las tarjetas y regalos de las diferentes zonas de nuestra Obra y también los respectivos de los familiares y amigos.

Para cerrar esa hermosísima tarde, el nuevo Diácono nos brindó sus palabras de agradecimiento, en primer lugar a Dios, nuestro Señor, y luego a todos los que habían hecho posible su nueva vida, en especial, a nuestro Padre Fundador, que se desgasta día a día por formar a Cristo Rey en nuestras almas.

Sigamos rezando por este Diácono de la Santa Madre Iglesia en nuestro Instituto, para que pronto sea un santo sacerdote del Rey de reyes.



Luego de la ceremonia, el nuevo diácono con Mons. Mirás en el centro, a la derecha nuestro Padre Fundador, y a la izquierda el P. Samuel Martino.



Modelos de vida

El Rey Balduino

«Ejercer la realeza, como lo ha hecho el Rey, es también un sacerdocio» (Philippe Druet)

Balduino fue el hijo (príncipe heredero) del Rey de Bélgica Leopoldo III. Nació el 7 de septiembre de 1930. Fue educado en nuestra santa fe con exquisita dedicación.

Debido a diversos avatares históricos (piénsese, por ejemplo, en la Segunda Guerra Mundial) la familia real debió vivir en el exilio durante un largo tiempo. A la vuelta del destierro pasan varios años en los que se cuestiona la conveniencia o no de que Leopoldo III siga en el trono. En 1951 abdica del mismo y sube su sucesor, Balduino.

El nuevo Rey de Bélgica, debido a las circunstancias de su infancia y juventud, no encontraba una persona de su rango con la cual compartir su vida en matrimonio.

En 1960 conoce al hoy Cardenal Suenens y le confía su preocupación. Ya tenía 30 años y la cuestión del matrimonio era importante para el gobierno (sin dejar de lado la cuestión personal). El Cardenal le habla de una señorita, Verónica O'Brien, irlandesa, mujer distinguida, miembro de la Legión de María, que podría ayudarle en este asunto.

En varias entrevistas el Rey le confía a la Srta. O'Brien su preocupación, y le pide si puede buscar para esposa suya a una joven de la nobleza española*.

La Srta. O'Brien no sólo era una mujer con mucho tacto diplomático, sino, sobre todo, una mujer totalmente entregada al servicio de Dios y de la Santísima Virgen, y, desde el primer momento, vio todo esto como una 'misión divina', avalada por sucesos inexplicables por la sola 'casualidad'. Ella encontró a la 'mujer ideal' que soñaba el Rey: española, noble, hermosa... y excelente cristiana. Se trataba de Doña Fabiola de Mora y Aragón.

Ese mismo año se casaron, el 15 de diciembre de 1960, y fueron un matrimonio ejemplar. Así hablaba el Rey de ella en su diario personal unos años después: *'Hace dieciocho años que Fabiola y yo nos prometimos el uno al otro, al salir de misa el día de santa Isabel de Portugal, en Lourdes. Gracias, Señor, por habernos llevado de la mano a los pies de María, y desde entonces, todos los días. Gracias, Señor, por habernos*



* El Rey, desde su lectura de las obras de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, había quedado hechizado por el encanto del genio español.

amado en tu Amor y por haber ido creciendo en ese amor día a día'.

La pareja real supo de una cruz muy dolorosa, que afrontan muchos matrimonios: no pudieron tener hijos. Este dolor fue aceptado admirablemente por el Rey, que en un discurso a un grupo de niños expresó: *'Nos hemos preguntado (con la Reina) por el sentido de este sufrimiento: poco a poco hemos ido comprendiendo que nuestro corazón estaba así más libre para amar a todos los niños, absolutamente a todos'*.

El secreto de la vida del Rey estaba en su vida espiritual, lo cual era patente a todos los que le rodeaban. En una entrevista una persona importante le habló de su agnosticismo. *'Yo le confíe -dice el Rey en su diario- que mi camino había sido otro, nada filosófico. Un encuentro sin intervención de nadie; una certeza de que Jesús me amaba, que vivía en mí como en los demás. Todo cambió a partir de ese día. Esta presencia no me ha abandonado desde que tenía dieciocho años'*.

Su interlocutor respondió: *'Eso se nota; hay algo profundo que se refleja en Vuestra persona...'*

Más concretamente, la clave de su vida espiritual era su oración de todas las mañanas. Un día le recomendaba a una de las personas cercanas a él: *'Póngase al sol de Dios y no tema perder el tiempo en la capilla, aunque no sienta nada. Hay que darle tiempo al sol para que nos broncee y esto exige un poco de paciencia'*.

Y junto con la oración, la Santa Misa diaria era su fortaleza espiritual. A lo cual debemos sumar la regularidad en la recepción del sacramento de la reconciliación.

La admirable y dulcísima devoción a la Santísima Virgen María comienza en sus tiernos años, cuando pierde a su mamá; desde entonces la toma como 'Mamá' propia.

Todos los belgas se beneficiaban de su reinado, pero especialmente los más necesitados. A propósito de lo cual escribe su sobrina: *'Tú hacías que las personas se sintieran importantes, porque el más insignificante era el más grande cuando estaba a tu lado'* ... Nuestra patria tiene en la ciudad de Córdoba un testimonio de la generosidad del Rey y su esposa: el sanatorio 'Reina Fabiola' costeadado por los soberanos.

Los más indefensos tenían en él a un padre, de allí su negativa a firmar la ley del aborto, que le causó serios trastornos en el ejercicio de su realeza.

Los últimos años de su vida fueron su 'vía crucis', ya que sufría del corazón y se cansaba muchísimo con las audiencias y compromisos de su oficio. Pero todo lo llevaba con su inseparable sonrisa. Esa sonrisa escondía sus sufrimientos, y por eso su repentina muerte, el 31 de julio de 1993, fue una 'sorpresa' para el mundo entero.

Ante su féretro pasaron medio millón de personas, que contemplaron estupefactos a la Reina vestida de blanco, como testimonio de que su marido, el Rey, vivía en el Señor.

Y así lo expresó su sobrina: *'Sé que eres feliz tan cerca de Jesús, realmente a su lado, y no tengo ninguna duda de que ocupas un lugar muy importante en el cielo, más importante que el que ocupabas en la tierra, y esto es verdaderamente de una importancia enorme'*.

(Bibliografía: «Balduino, el secreto del Rey», por el Cardenal Suenens, edición Espasa Calpe.)



INTRODUCCIÓN

La filosofía perenne enseña que la belleza es uno de los 'trascendentales' o propiedades del 'ser' (junto con el bien y la verdad).

La belleza es, pues, el resplandor del ser, de la verdad y del bien (que son correlativos e inseparables).

A mayor plenitud de ser, más resplandor, más belleza.

En los cuerpos, la belleza es el resplandor de la 'forma' (esencia o idea) a través de una '**materia**', **apta** para tal efecto, que los hace como 'transparentes'.

De la misma manera, la belleza es la armonía de las diversas **partes** de un **todo**, en una **unidad** resplandeciente.

Por eso la belleza es también el resplandor del **Orden** (ya sea externo o interno), es decir, la disposición jerárquica de los **medios** con relación a su fin (ya sea inmediato, intermedio o último).

La contemplación de la belleza produce el **asombro** y el **placer** estético, más o menos intenso, según sea, en primer lugar, la 'calidad' del objeto bello, y, en segundo lugar, la capacidad de vibración de la 'facultad estética' del hombre que lo contempla.

Las cosas bellas se aman simplemente por **ser** bellas, por la emoción estética que generan, independientemente de su utilidad o de cualquier interés.

'Nada es bello, más que lo bello.

¡El resto... es lamentable!' (Raúl Ponchon).

Lo que significa que la belleza es algo objetivo, ontológico, real, que emerge de la entraña misma del 'ser' que encierra; fundamento, a su vez, tanto del '**valor**' estético del objeto bello, como de la '**valoración**' estética de cada sujeto que lo contempla, en quien cabe cierto margen de relativismo o subjetivismo, pero sin que llegue a comprometer nunca el carácter absoluto de la realidad bella.

En definitiva: las cosas no son bellas porque nos gustan, sino que (al revés) nos gustan porque son bellas.

Cabe preguntar: ¿Y cuál es el último (que es, a su vez, el primero) '**por qué**' de todas las bellezas creadas?

Porque al recibir el 'ser' en el **acto creador**, participan 'análogamente' de la misma Belleza infinita que es Dios **Uno** y **Trino**, el 'Supra-Ser-Subsistente', **Fuente**

inexhausta de toda belleza: corporal y espiritual, natural y sobrenatural, humana y divina, temporal y eterna, creada y posible (Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 32).

‘Yaveh, Dios mío, qué grande eres,
vestido de esplendor y majestad,
te viste la luz como un manto!’ (Salmo 103,1)
Así lo expresa San Juan de la Cruz, Doctor de la belleza:
(Dios) ‘Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
con sola su figura,
vestidos los dejó de hermosura’ (Cántico Espiritual, estrofa 5).

Aquí el Poeta místico se refiere no sólo a la hermosura natural, sino también a la hermosura sobrenatural (que es la **santidad**), la cual Dios comunica ‘**con sola su figura**’, quiere decir: por medio (únicamente) de su divino **Hijo**, ‘resplandor de su gloria e impronta (Figura o Imagen) de su Substancia’ (Hebreos 1,3).

El caos, confusión y obscuridad inicial (Génesis 1,2) Dios lo transformó en ‘cosmos’, orden, claridad, armonía, como dice el libro de la Sabiduría:

‘Pero Tú organizaste todo con **medida, número y peso**’ (11,20).

San Agustín, otro gran apasionado por la belleza, para él ‘tan antigua y tan nueva’ (*Confesiones X, 27*), intuye en dichos tres principios una analogía con la Santísima Trinidad, que es la medida, el número y el peso de todas las cosas, puesto que la medida les da el **modo**, el número les da la **forma**, y el peso les da la **consistencia** (o estabilidad) óptica.

Esta trilogía se refleja también en el alma y en la vida espiritual del hombre.

Los **tres elementos** integrantes de las cosas bellas son (por orden de importancia): la **claridad** (la luz), la **integridad** (del todo) y la **proporcionalidad** (de las partes entre sí y con el todo).

No sin razón se ha identificado a la belleza con la misma luz.

Por eso la **Luz** es uno de los innumerables ‘nombres’ que convienen a Dios; ‘Dios es Luz’ (1Juan 1,5), ‘Padre de las luces’ (Santiago 1,17) y ‘habita en una luz inaccesible’ (1Timoteo 6,16).

En lengua griega la palabra ‘belleza’ (kalós) proviene de una raíz que significa ‘llamar’. En efecto, la Belleza divina ‘**llama**’, nos atrae fuerte e irresistiblemente hacia El, Principio, Fundamento y Fin de todas las cosas.

‘En tu Luz vemos la luz’ (Salmo 36,10).

En Dios está evidentemente el secreto de ese ‘hechizo’ que ejerce la belleza en quienes saben ver, oír, oler, gustar y tocar... más allá de lo sensible, limitado y pasajero...

Si ‘en el principio era el Verbo’ (Juan 1,1) entonces ‘en el principio era la Belleza’.

Tenía razón Rilke al afirmar que ‘lo bello no es nada más que el primer grado de lo terrible y que todavía apenas soportamos, y si lo admiramos tanto es porque, sereno, desdeña destrozarnos’, dado que la belleza es un simple destello (más que suficiente para nosotros) de la presencia misteriosa de la inefable Trinidad.

Dijo Dios: ‘Hágase la luz’ (Génesis 1,1).

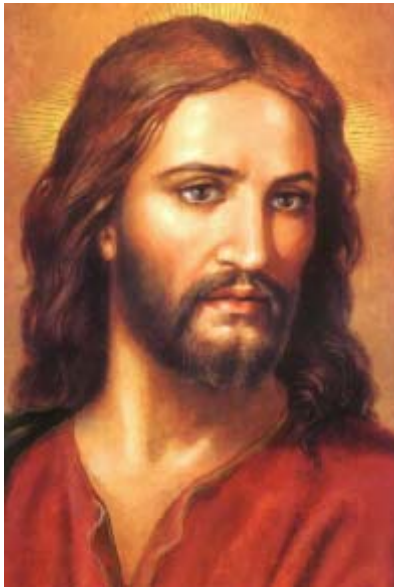
Y dijo Jesús: 'Yo soy la luz' (Juan 8,12).

Y dijo Juan: 'La luz brilla en las tinieblas' (Juan 1,5).

A continuación vamos a tratar de concentrar nuestra atención y preparar nuestro corazón para contemplar la belleza de Jesucristo, ¡el Rey de la belleza!

PRIMERA PARTE

JESUCRISTO, LA OBRA DE ARTE DE DIOS



Leemos en el Génesis: 'Vio Dios que todo cuanto había hecho, ¡mirad qué hermoso!' (1,31)

Pues bien, de todo cuanto Dios ha hecho y podría aún hacer, siempre 'a su imagen y semejanza', lo más incomparablemente hermoso, es evidente, fue **Jesucristo**, su Imagen y Semejanza perfectísima, su Hijo 'Predilecto', encarnado en el Seno inmaculado de la Virgen María, por obra del Espíritu Santo, el 'Unico' en quien el Padre tiene puesta su infinita complacencia (Cfr. Mateo 3,17).

En virtud de su Encarnación, Jesús es, por decirlo de alguna manera, el 'Trascendental hipostasiado'. Quiere decir: una naturaleza humana (cuerpo y alma) subsistente, no por una persona humana (como todos los hombres) sino por una Persona divina, el Verbo.

'En el cual -dice San Pablo- habita la plenitud de la Divinidad corporalmente' (Colosenses 2,9).

El apóstol san Juan nos dice que Cristo está 'lleno de gracia y de verdad' y que 'de su plenitud todos hemos recibido' (1,16), a través de la Iglesia, su Cuerpo místico (Efesios 1,23), y más especialmente de su Presencia viva en el sacramento de la Eucaristía, 'para que os vayáis llenando hasta la total plenitud de Dios' (Efesios 3,19).

Esta '**Plenitud del Ser**' constituye a Jesucristo en la Belleza personificada, desbordante, inalcanzable.

El es el 'Espíritu visible', la 'Creatura infinita', el 'Hombre eterno', el 'máximo absoluto contracto' (o compacto), conforme al célebre axioma: '*non coerceri maximo, contineri tamen minimo, divinum est*', que quiere decir: 'Es propio de lo divino no poder ser encerrado por lo máximo, y, sin embargo, poder ser contenido en lo **mínimo**'.

En consecuencia Jesucristo resucitado es la más fantástica y viviente '**Paradoja**', la **Armonía** ideal de los mayores contrastes y contrarios, que contribuye a dar la máxima intensidad, virtualidad y luminosidad a su excepcional Belleza, tomada no sólo en un sentido meramente estático, sino también dinámico, inundando todos

los espacios y todos los tiempos; en una palabra: **todo** lo que Cristo **es, dice y hace...** hasta los más mínimos detalles, por más insignificantes o intrascendentes, que puedan parecer.

¡Esta semejante-desemejanza, esta cercana-lejanía, está humana-divinidad, envolvía a Jesús de Nazaret en una asombrosa, cautivadora y serena Majestad!

Como dijo Dostoievski: ‘esta Figura infinitamente bella es, sin duda, un **Milagro** permanente’.

Su belleza corporal no era sino un pálido reflejo de su belleza interior: psíquica, moral y sobrenatural.

‘¡Todo El... un encanto!’ - exclama la Esposa enamorada en el Cantar de los cantares (5,16).

¡Sí! Jesús es, por excelencia, ‘el **Hermoso**’, como El mismo se denomina en la célebre parábola del buen Pastor, que (en el original griego) se escribe textualmente: ‘el Pastor, el Hermoso’ (Juan 10,11).

Fray Luis de León intentó esbozar así la belleza del Señor: ‘Miremos el semblante hermoso y la postura grave y suave, y aquellos ojos y boca, aquesta nadando siempre en dulzura, y aquellos muy más claros y resplandecientes que el sol; y miremos toda la compostura de su cuerpo, su estado, su movimiento, sus miembros concebidos en la misma pureza y dotados de inestimable belleza’ (Los nombres de Cristo, *Faz de Dios*).

Cuenta la historia que cuando el famoso Leonardo da Vinci tuvo que pintar la figura de Jesucristo en el cenáculo de Milán, ‘consideraba una profanación indigna pintar a éste de cualquier manera, como si no hubiese sido más que un hombre vulgar.

La expresión, la actitud, el contorno, la postura de las manos, y el manto, que vestía el Redentor en la solemnísima ocasión de la Cena con sus discípulos, requerían para pintarlos no sólo una profunda meditación, sino el hallazgo de un modelo, que, según iba comprendiendo, no era posible encontrar en el mundo.

La belleza y la gracia celeste que debía tener la Divinidad encarnada en figura humana, sobrecogían su ánimo e inmovilizaban sus pinceles’ (Giorgio Vasari, *Vidas*).

A decir verdad, el ‘Secreto’ de su fascinante atractivo tuvo que ser, en definitiva, su sacratísimo y humanísimo **Corazón**, por la sencilla razón de que no puede haber nada más hermoso que el **Amor**.

La Santa Iglesia exalta y canta las bellezas del Corazón de Jesús en sus **letanías**, que culminan así: ‘Corazón de Jesús, delicias de todos los santos, ten piedad de nosotros’.

Jesús, por ser ‘el Rey’, es ‘el Hermoso’ y es ‘el Amado’.

‘¿Qué tiene tu Amado más que los otros?’ - preguntan a la Amada del Cantar las muchachas de Jerusalén (5,9).

‘Mi Amado es entre rubio y moreno,
se distingue entre millares.
Su cabeza es de oro macizo,
su melena racimos de palma,
sus ojos son palomas junto a la acequia,
sus labios son lirios que destilan mirra...

Así es mi Amado, así es mi Esposo,
muchachas de Jerusalén...' (Cantar 5,10-13.16).

Es la única vez, en todo el Cantar, en que la Amada llama '**Esposo**' a aquel a quien ama, tal vez porque es la única respuesta a la pregunta que le hacen sus amigas.

'Hay como un acento triunfal, en este último grito, casi un desafío.

¿Queréis saberlo de verdad?

Pues bien, ¡es mi Esposo!, y nada más puedo añadir...

La amada no podía dejar de entender de un modo más claro «la **Alianza**» que convierte, para ella, al más maravilloso de los amados de la tierra en el Esposo absolutamente único' (B. Arminjon s.J.).

Hay que reconocer que la Esposa, a pesar de su esfuerzo desesperado, se sabe incapaz de describir toda la Hermosura del Amado, que es, en realidad, inaccesible, viéndose obligada a echar mano de una serie de símbolos, muy hermosos, es verdad, pero siempre insuficientes.

¿Y qué decir de los **Salmos reales**, que cantan la imponente Majestad del 'Grande', del Hijo del Altísimo (Lucas 1,32)?

¿Y qué decir de los solemnes **himnos cristológicos**, transmitidos por san Pablo, enamorado de Cristo resucitado, desde que se le apareció camino de Damasco?

¿Y qué decir de las grandiosas **visiones apocalípticas**, que contempló extático san Juan, en la isla de Patmos; y de las solemnes **doxologías** en honor de Cristo Rey, el 'Soberano de los reyes de la tierra... vestido de una túnica talar, ceñido con un ceñidor de oro... su cabeza y sus cabellos eran blancos... sus ojos como llama de fuego... su voz como voz de grandes aguas, tenía en su mano derecha siete estrellas, y de su boca salía una espada aguda de dos filos, y su rostro, como el sol cuando brilla con toda su fuerza' (Apocalipsis 1,13-16)?

Toda la Sagrada Escritura no es más que una inmensa y fascinante evocación '*in crescendo*' de la belleza que envuelve por doquier al Verbo encarnado.

Santa Teresa de Jesús fue una experta 'especialista', apasionada admiradora y valiente defensora de la Santísima **Humanidad** de Cristo, en cuanto '**Mediador**' necesario para alcanzar la unión amorosa con Dios, tanto en la etapa ascética como en la mística (que culmina en el 'desposorio' y en el 'matrimonio espiritual').

Esta es, sin duda, una 'regla de oro' de discernimiento espiritual (de una tremenda actualidad), frente a todo 'viento de doctrina' (Efesios 4,14) que atente lo más mínimo contra el misterio de la **Encarnación** (vieja herejía gnóstica disfrazada de 'misticismo', contra la cual luchó siempre la Iglesia, comenzando por los apóstoles san Pablo y san Juan).

Para la mística Doctora, Jesucristo es el Camino y la Puerta por donde debemos entrar para ir al Padre, el único Bien de donde recibimos todos los bienes.

'Quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato e imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma, como yo quisiera.

Conviene advertir que hemos sido salvados no por el Verbo de Dios únicamente, sino por la Humanidad de Cristo.

Para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad Sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita' (Vida 22,4).

Su experiencia mística y estética de Cristo tuvo que ser gradual, para poder 'soportarla': Jesús le muestra, en primer lugar, sus **manos**: 'estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos, con tan grandísima hermosura, que no lo podría yo encarecer'.

Días después, le muestra su **rostro**, 'que del todo me parece dejó absorta'.

Finalmente, se le aparece **todo** entero: 'un día de san Pablo, estando en Misa se me representó toda esta Humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad... que no se puede decir que no sea deshacerse...' (Vida 28).

Se comprende fácilmente el 'regalo grande' y el subido tono de su exaltación mística reflejada en sus bellísimas meditaciones del Cantar de los cantares (el único libro de la Biblia comentado por ella) saboreado en **clave eucarística**.

Transverberado su corazón por el dardo de fuego, lanzado por el Amado a través de un hermoso ángel, quedaba Teresa 'como embobada' (Vida 29,13) y, cual insuperable 'soprano', prorrumpe en este 'do de pecho':

¡Oh Hermosura, que excedéis
a todas las hermosuras!
Sin herir, dolor hacéis,
y sin dolor deshacéis
el amor de las criaturas'

En el Antiguo Testamento Dios no reveló todavía su divino Rostro, sino únicamente su palabra.

De ahí la impaciente nostalgia de los patriarcas, profetas y pobres de Yaveh, suplicando al Señor, como Moisés en el monte Sinaí, le muestre 'su gloria', obteniendo por toda respuesta estas palabras:

'Mi Rostro no podrás verlo, porque nadie puede verme y seguir viviendo' (Exodo 33,18).

Dios revela su Rostro al enviar al mundo a su Hijo, quien dijo a sus apóstoles: 'quien me ve a Mí, ve al Padre' (Juan 14,9).

El Santo Padre nos exhorta repetidamente a que 'nuestra mirada se quede fija, más que nunca, en el Rostro del Señor', Rostro doliente, Rostro resucitado (Novo Millenio Ineunte n. 16).



Santa Teresa del Niño Jesús lanza al Amado esta ardiente jaculatoria:

‘¡Rostro adorable de Jesús, única Belleza que arrebata mi corazón: dignate imprimir en mí tu divina semejanza, a fin de que no puedas mirar mi alma sin contemplarte a ti mismo!’ (Historia de un alma).

¿Cómo imaginar la Belleza de **los ojos** de Cristo?

Los Evangelios nos han dibujado las más variadas y sugestivas miradas de Jesús, a cuál más bella, en diversidad de circunstancias: miradas al cielo, de ternura, de compasión, de asombro, de enojo, de tristeza, de gozo, de dolor...

‘Ojos bellos que me dais
dulce muerte con mirarme,
ojos que, con no mirarme,
dulce vida me quitáis:
Vuestra bondad o rigor
siempre a morir me condenan;
si no me miráis, de pena;
y si me miráis, de amor.
Mas si tal es mi destino
que de todas suertes muero,
morir de amores yo quiero,
¡miradme, Jesús divino! (Rafael Reyes s.J.)

Hasta en las horas amargas de su vida, desfigurado todo su Cuerpo en la horrorosa Pasión, Cristo fue siempre hermosísimo.

El Misterio de belleza del Rey abarca la totalidad de su personalidad humano-divina, en su **triple dimensión**: psico-somática, moral-sobrenatural y virtual-cósmica, desbordando todo intento de análisis y de síntesis, desde la Encarnación hasta la Ascensión.

¿Cómo expresar el encanto del Hermoso en su infancia y adolescencia?

En el Monte Tabor, ‘su Rostro se puso brillante como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz’ (Mateo 17,2).

Pedro (junto con Juan y Santiago), exultante con aquella inefable Teofanía trinitaria, da testimonio diciendo ‘haber visto con nuestros propios ojos su Majestad’ (2Pedro 1,16).

Toda la teología estética-mística de la ‘luz’ (tan prolífera en la iconografía oriental) parece concentrarse en **Jesucristo transfigurado**, para que, a través de su sagrado Cuerpo, como una ‘antorcha de cristal’, llegara radiante hasta nosotros, gracias al Espíritu



Santo, la Luz invisible, que procede del Padre.

La Transfiguración fue como el preámbulo de la inminente **Resurrección**.

El Santo Padre estuvo inspirado al enriquecer el **Santo Rosario** con los **Misterios de la Luz**, manifestados, sobre todo, en los años de la vida pública del Salvador, cuando anuncia el Evangelio del Reino.

Hay que destacar igualmente la intensa y patética belleza de Cristo en los Misterios de su **Pasión y muerte**, estallido del ‘amor loco’ de un Dios que se deja matar por darnos la vida eterna, como una madre, que al dar a luz acepta gustosa morir, a fin de que viva el hijo de sus entrañas (Cfr. Juan 16,21).

¡Grito desgarrador de Cristo en la Cruz, grito de victoria, que hace exclamar a San Juan Crisóstomo: ‘¡Lo veo crucificado y lo llamo Rey!’

La liturgia oriental del Sábado Santo proclama:

‘La Vida se ha dormido...

y el infierno tiembla de espanto’.

Todas las maravillas de Jesús se hallan, como resumidas y escondidas, en la **Sagrada Eucaristía**, bajo los accidentes de pan y vino, ‘signos’ que nos transportan hasta el Cenáculo de Jerusalén, escenario de entrañables comidas y sobremesas del Maestro con sus discípulos, cargadas de intimidad, de sabor a hogar y de misterio, donde Jesús, más que una madre, ‘los amó hasta el extremo’ (Juan 13,1) dándoles a comer su propio Cuerpo y Sangre.

Cristo, al consagrar realmente el pan y el vino (Realeza interior), consagra virtualmente ‘de iure’ todo el Orden temporal (Realeza Social) y material (Realeza cósmica), mediante la Iglesia, su Cuerpo Místico y Sacramento de Salvación (Cfr. Lumen Gentium 34).

Por eso la belleza de la Eucaristía no queda limitada por los accidentes eucarísticos, sino que los trasciende, irradiando su luz y envolviendo y hermoseando toda la Creación.

San Agustín, en su precioso comentario al Salmo 45, que canta las bodas místicas de Cristo, el Esposo-Rey, con la Esposa-Reina, dice así: ‘Para nosotros, los creyentes, en todas partes se presenta hermoso el Esposo. Hermoso siendo Dios, Verbo en Dios; hermoso en el seno de la Virgen, donde no perdió la divinidad y tomó la humanidad; hermoso nacido niño el Verbo, porque, aun siendo pequeñito, mamando, siendo llevado en brazos, hablaron los cielos, le tributaron alabanzas los ángeles, la estrella dirigió a los Magos, fue adorado en el pesebre y en todo tiempo fue alimento de los mansos. Luego es hermoso en el cielo y es hermoso en la tierra; hermoso en el seno, hermoso en los brazos de sus padres, hermoso en los milagros, hermoso en los azotes, hermoso invitando a la vida, hermoso no preocupándose de la muerte, hermoso dando la vida, hermoso tomándola: hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro y hermoso en el cielo. Oíd entendiéndolo el cántico, y la flaqueza de su carne no aparte vuestros ojos del esplendor de su hermosura’ (*Enarraciones sobre el Salmo 45, n. 3*).

SEGUNDA PARTE

EL SUPREMO ARTISTA

Después de considerar a Cristo como la ‘Obra de Arte’ de Dios, vamos a contemplarlo ahora como el Artífice - Arquetipo - Creador de belleza.

No estará de más advertir, ya de entrada, que todos los nombres o títulos (innumerables) que apliquemos a Jesús, le quedarán siempre demasiado cortos y no dejan de ser pobres analogías, expresadas en pobre lenguaje, ya que, por tratarse de una Persona divina, es decir, infinita, rompe y desborda todos los moldes y todo intento (vano, por cierto) de ‘codificación’, no obstante lo cual nos ayudarán, al menos, a hacernos una idea del derroche y la calidad de belleza, salida de sus benditas manos: ¡toda una espléndida exposición de arte ‘tridimensional’, es decir, en el orden de la **naturaleza**, de la **gracia**, y de la **gloria**.

A) Cristo, el divino ‘Arquitecto’

Oigamos a san Pablo: ‘todo fue hecho por El y para El; y todo tiene en El su consistencia’ (Colosenses 1,16-17), y ‘nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto: Jesucristo’ (1Corintios 3,11).

San Juan nos dice que ‘todo lo que fue hecho, era Vida en El’ (Juan 1,3).

San Pedro, citando a Isaías (28,16) escribe: ‘He aquí que coloco en Sión una piedra elegida, angular, preciosa’. Invitándonos a ‘entrar en la construcción de un edificio espiritual’ (1Pedro 2,5.6).

Si Jesucristo es la Causa ejemplar de la Creación, entonces todas las criaturas, sin excepción (hasta los más imperceptibles átomos y partículas de materia) llevan en sí su ‘impronta’ o ‘carácter’, son hechos ‘cristiformes’.

Más aún. Cristo vino al mundo para establecer su **Reino** salvífico, absoluto y universal.

Esta fue la ‘Buena Noticia’ (el Evangelio) prometida por Dios a nuestros primeros padres y reiterada por los profetas, hasta la llegada del Mesías, que es el Reino en persona.

‘El tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios está cerca: convertíos y creed en la Buena Noticia’ (Marcos 1,15).

Reino escatológico, que se consumará al final de la historia, ‘hasta que El vuelva’ (Liturgia de la Misa) y eternamente en el Cielo.

Para instaurar su Reino, Cristo-Cabeza instituyó la **Iglesia**, su Cuerpo Místico, sobre el fundamento de los apóstoles y el primado de Pedro.

¡Qué hermosa es la Iglesia!

Por el resplandor de su **santidad** (o divinidad), a través de su humanidad (variedad de miembros, culturas y estructuras) vivificada e iluminada por su ‘alma increada’, el Espíritu Santo, y extendida en el espacio (**catolicidad**) y en el tiempo (**apostolicidad**), en una **unidad** de doctrina (como Maestra), de moral (como Reina) y de culto (como Madre); prolongación indefectible de Jesucristo, su divino Esposo, el cual ‘amó a la Iglesia y se entregó a Sí mismo por Ella’ (Efesios 5,25), la cual, como ‘nueva Eva’, brotó

del costado abierto de Jesús, muerto de amor en la Cruz.

Hermosura en su estructura **jerárquica**, semejante a la jerarquía de los ángeles (Cfr. Pseudo-Dionisio Areopagita), reflejos ambas del Misterio Trinitario, fuente perenne de toda autoridad, variedad, unidad, santidad y libertad.

Hermosura en sus innumerables obras de caridad, de cultura, de educación, de arte y de civilización.

Hermosura, sobre todo, en el heroísmo de la multitud de sus santos, mártires y convertidos.

¡Sí! Derroche de belleza de la Iglesia Católica, a pesar y por encima de los pecados, traiciones y escándalos de sus hijos, así como del resentimiento, el odio, la envidia, la ignorancia y los prejuicios de sus obstinados enemigos en todas las épocas.

¡El sol no deja de ser bello, fecundo y necesario a pesar de sus manchas!

‘Iglesia ¡eres la misma!
aunque te vea tirada,
aunque me pidas ayuda,
y aunque me ocultes tu cara,
envolviéndote en tu manto
cual mujer abandonada,
yo sé mirar en tu angustia
la hermosura que te embarga,
la belleza del Dios vivo
que, tras tus noches, me habla’

(Madre Trinidad Sanchez Moreno).



B) Cristo, el divino ‘Escultor’.

Después del pecado de Adán y Eva en el paraíso (previsto por Dios antes de la creación) el Hijo de Dios se hace hombre a fin de restaurar, recrear y regenerar al hombre, restituyéndole la belleza primitiva, esto es, ‘la justicia y santidad original’ (Efesios 4,24). Cristo, el Hombre perfecto, es el **Re-formador** que, bajo la inspiración del Espíritu Santo y con el cincel de la Cruz, va sacando lo feo y deforme de nuestro corazón, modelándolo, poco a poco, con inmenso amor y obstinada paciencia, hasta hacerlo, con nuestra libre correspondencia a su gracia, lo más semejante al suyo, para gloria de su Padre (que también lo es nuestro, por graciosa ‘adopción’).

Divino ‘**Alfarero**’, quien, de nuestro barro, sabe sacar ¡si le dejamos! una pequeña obra de arte.

El Hijo de José, ‘el **Carpintero**’, trabajando la madera en su taller de Nazaret es un símbolo de su entusiasmo y empeño por hacer de cada ser humano un santo o una santa, en el ‘taller’ de la Iglesia.

Cristo es el **'Sanador** y la Salud', el 'Médico y la Medicina', en una palabra: la **Vida**, como él mismo se llamó (Juan 14,6).

Leemos en el Evangelio: 'Recorría Jesús toda Galilea... curando toda enfermedad y toda dolencia' (Mateo 4,23), tanto del cuerpo como del alma (siendo ésta la más importante para El, naturalmente): 'por sus heridas habéis sido curados' nos dirá el apóstol Pedro (1ª Carta 2,24).

El pecado es fealdad.

La gracia es belleza.

La dulcísima y conmovedora parábola del 'Buen Samaritano', es un perfecto autorretrato del divino Escultor: Jesús misericordioso.

El testimonio de los **santos** embellece al máximo el rostro de nuestra Santa Madre Iglesia, tanto su vida como especialmente su muerte, el 'broche de oro': 'Es preciosa a los ojos de Yaveh la muerte de sus santos' (Salmo 116,15).

Y por encima de todos los ángeles y santos, ocupando un lugar de privilegio, esa 'maravilla', salida de las manos de su Hijo (caso atípico), **la Virgen María**, la 'toda hermosa', en cuerpo y alma, acorde con su dignidad de Madre del Hermoso, de su Concepción Inmaculada y de su plenitud de santidad.

María es un verdadero prodigio de la naturaleza y de la gracia, la Reina de la belleza, en quien Dios se contempla y se complace enteramente.

Las letanías lauretanas son insuficientes para ensalzar tanta belleza.

¡Qué bien se aplican a la nueva 'Sulamita' aquellos requiebros del Rey enamorado, en los Cantares!:

‘¡Toda hermosa eres, Amada mía,
no hay defecto en ti.
Eres huerto cerrado,
fuente sellada,
encantadora como Jerusalén,
imponente como ejército dispuesto para la batalla!’ (Cantar 4,7.12; 6,4).



C) Cristo, el divino 'Poeta'

¡Curiosamente Jesús no escribió nada!

No era necesario.

El era el Verbo, la Palabra en Persona.

Cristo escribió su Vida, no con tinta, sino con su sola Presencia, con su Amor y con su Sangre.

Además, claro está, el Espíritu Santo se sirvió de los hagiógrafos, no sólo del

Nuevo, sino también del Antiguo Testamento, para dejarnos de El una brevísima pero inagotable y apasionante biografía.

Al leer los santos Evangelios advertimos la extraordinaria sabiduría, capacidad de observación, admiración y expresión, de que gozaba Jesús, el hombre más ‘superdotado’, que no admite comparación.

‘¡Observad los lirios del campo... mirad las aves del cielo...’ (Mateo 6,26.28), ‘levantad vuestros ojos y mirad los campos’ (Juan 4,35).

El Maestro disfrutaba embelesado contemplando la Creación salida de sus manos: el mar, los montes, los trigales, las flores, los árboles frutales, el sol, la luna, los amaneceres, los atardeceres y las noches cuajadas de estrellas...

Muchos de sus ejemplos no eran sino recuerdos y vivencias inolvidables de su feliz infancia y juventud, junto a sus padres, durante treinta años.

¿Y qué decir de sus deliciosas y pedagógicas **parábolas**, llenas de colorido, sencillez, profundidad, plasticidad y realismo? Eran pequeñas historias populares, a modo de cuentos, que cautivaban la atención, quedaban grabadas en la memoria y corrían en boca de padres a hijos y de todos cuantos le escuchaban, comenzando por los discípulos.

Obras de arte fueron también los **diálogos** habidos con los discípulos, más aún con ‘los Doce’, hablándoles del Reino y revelándoles su intimidad trinitaria.

Obra de arte fue la oración dominical, el **Padre nuestro**, que espontáneamente recitó para que la rezaran todos los cristianos.

Hay que mencionar además su conmovedora **oración sacerdotal**, dirigida a su amadísimo Padre la víspera de su muerte, rogándole también por su amada Iglesia y por todos los hombres de todos los tiempos.

Y llegamos a las últimas agónicas y solemnes **siete palabras** (su testamento), pronunciadas desde la Cruz, convertida en cátedra, trono y altar, como Maestro, Rey y Sacerdote.

Cristo tiene siempre la ‘última’ palabra sobre todas las cosas, por ser la primera y eterna Palabra de Dios (Juan 1,1).

Hasta los guardias del Sanedrín tuvieron que reconocerlo, cuando fueron a prenderlo y no se atrevieron: ‘¡Jamás un hombre ha hablado como habla ese Hombre!’ (Juan 7,46).

¡Por supuesto! ¡Si es la misma Sabiduría!

La sabiduría es el más alto grado de la poesía.

Pedro lo dijo muy bien: ‘¡Tú (solo) tienes palabras de vida eterna!’ (Juan 6,68)

En su pueblo, Nazaret, ‘la multitud, al oírle, quedaba maravillada y decía: ‘¿de dónde le viene esto?, ¿y qué sabiduría es esta, que le ha sido dada?’ (Marcos 6,2)

La Sulamita grita emocionada: ‘¡La voz de mi Amado!’ (Cantar 2,8)

Un comentarista autorizado dice: ‘Voz oída siempre en sonido estereofónico, porque permite escuchar, a través de ella, la voz del Padre, que le da la plenitud de armonía’ (H. Balthasar, *La verdad es sinfónica*).

Jesucristo es el supremo ‘**Dramaturgo**’:

Toda su corta vida no fue sino un grandioso, inédito e irrepetible, ‘Poema de amor’, ¡un patético ‘Drama pasional’, un estallido deslumbrante de belleza, que ni su horroroso ‘anonadamiento’ pudo dejar de traslucir!

El célebre poeta Calderón de la Barca, en su monumental auto sacramental titulado ‘El gran teatro del mundo’, nos presenta el Plan de Dios, a través de la historia, como un inmenso escenario, en donde cada personaje ha de representar el papel que le ha tocado, recibiendo, al final de su vida, premio o castigo, según haya cumplido bien o mal su cometido, tanto el rey como el mendigo.

En este ‘teodrama’, el Padre es el autor, el Espíritu Santo el inspirador, y el Hijo el primer actor.

D) Cristo, el divino ‘Músico’

Este título es típico entre los poetas, literatos y místicos pertenecientes al incomparable ‘Siglo de oro’ español.

Jesucristo es el Compositor, es la Música y es el Cantor (todo a la vez) de la más sublime Sinfonía, un derroche de ingenio, de pasión y de belleza.

El Hijo es la única ‘Melodía’ que embelesa y extasía eternamente al Padre, en el Espíritu Santo.

Aunque un poco largo, vale la pena transcribir este autorizado comentario:

‘El mundo es equiparable a una gran orquesta, que hace sonar todos sus instrumentos; mientras el público está entrando en la sala y aún no ha aparecido el director, cada músico ensaya, afina su instrumento. Se hace sonar un `la´ en el piano: al fin y al cabo, de lo que se trata es de afinar y de prepararse para realizar algo en común. Tampoco la elección de los instrumentos es casual; a través de sus peculiaridades propias, ellos forman algo así como un sistema de coordenadas. El oboe, apoyado quizá por el fagot, será la contrapartida de los instrumentos de cuerda; pero esto no basta; el sonido del cuerno viene a constituir el fondo que hace posible el contraste. La elección es realizada a partir de la unidad, que, por de pronto, está contenida virtualmente en la partitura a interpretar; pero, en seguida, cuando el director comience a mover su batuta, aquella unidad lo atraerá todo hacia sí, lo arrastrará todo consigo, y entonces se verá cuál es la función de cada instrumento.

A través de su revelación, Dios ejecuta una sinfonía, en la que no se sabe qué es más rico, si la armonía de su composición o la orquesta polifónica de la creación que la interpreta. Antes de que el Verbo de Dios se hiciese hombre, la orquesta que es el universo tocaba más bien sin obedecer a ningún plan u orden preconcebido: concepciones del mundo, religiones, bosquejos del estado, eran algo así como melodías aisladas y sin unidad. De alguna manera, se vislumbra que este alboroto cacofónico sólo era un `ensayar´, un `ejercitarse´: por así decirlo, el `la´ resuena a través de todo como una promesa. `Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas...´ (Hebreos 1,1). Entonces vino el Hijo, el `heredero universal´, por cuya causa había sido reunida también toda la orquesta. La pluralidad de instrumentos que la componen adquiere sentido cuando interpreta, bajo la dirección de Cristo, la sinfonía *de Dios*’ (H. Balthasar, *La verdad es sinfónica*).

Cristo es el '**divino Orfeo**', que con su música amansa las bestias más feroces y transforma en racionales a los hombres, embrutecidos por las bajas pasiones y cuyos corazones son más duros que las piedras.

Oigamos a Calderón en otro precioso auto sacramental:

'Bello músico que inspiras,
galán poeta, que formas
tan perfectos los acentos
que a sus cláusulas sonoras
las aves su vuelo inclinan...
Músico has sido excelente,
canto es tu voz, que publica
tu amor y así, en los cantares
lo entendiera cuando diga
San Clemente Alejandrino
viendo que entiendes la cifra
de la música del orbe



que eres Maestro de Capilla...' (*El Divino Orfeo*)

Cristo es el '**nuevo David**', que, con la 'lira' de su Corazón, ordenó el mundo y estableció la Armonía, eco, a su vez, de los 'ritmos eternos', que resuenan desde lo más profundo de la eterna e inefable Armonía Trinitaria, convertido así el Universo en imponente 'coro de Cristo', al decir de san Agustín, uno de los más grandes apasionados por la música, sobre todo (después de su conversión) por la música interior.

Esta es la 'música callada' saboreada en la 'soledad sonora', clima ideal para gustar la mística 'cena que recrea y enamora', a la que nos invita el seráfico y 'musical' san Juan de la Cruz, en su exquisito Cántico espiritual.

'Jesús -dice el santo- es esta música callada, porque en El se conoce y gusta esta armonía de música espiritual' (*Cántico 14 y 15*).

El santo llama graciosamente a Cristo 'dulce filomena', que significa '**Ruiseñor**', porque 'hace melodía al oído, y al espíritu recreación' (*Cántico 39*).

En su grandiosa Autobiografía, San Ignacio, nos revela en enigma su experiencia mística elevadísima del don de la '**locuela**', que sentía intensamente durante la Santa Misa.

Según el santo, la 'locuela' reviste una doble modalidad: la **externa**, acompañada de sonido; y la **interna** (más perfecta aún) que se percibe únicamente (calladamente) en el alma.

El santo llama a las locuelas 'música celestial', muy suave y deleitosa, junto con palabras interiores o locuciones divinas.

Escribe san Ignacio: ' Tanto la locuela interna como la externa me han empujado totalmente al **amor divino** y al deseo del don de la locuela concedido por obra divina, hallándome con tanta **armonía interior** por la locuela interna, que no lo puedo expresar' (*Diario n. 222*).

E) Cristo, el divino Genio

¡El Unigénito del Padre, el Primogénito de la Creación, tenía que ser el Genio por excelencia, y su Obra, la que el Padre le había encomendado, tenía que ser en todo ‘genial’, genialmente bella!

Ahora se trata de ponderar, no ya la intensidad de su amor salvífico, sino el **modo** de salvarnos, tan ‘original’, que sólo se le podía ‘ocurrir’ al Todopoderoso.

Genial fue el modo de **rescatar** al hombre (caído en la esclavitud del pecado) no sólo pagando la ‘deuda’ contraída por Adán y su descendencia e imposible de saldar, sino ‘aprovechando la ocasión’ para demostrarnos su amor aplastante, y además ennobleciendo, justificando y divinizando al hombre, cumpliéndose aquellas palabras de san Pablo: ‘donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia’ (Romanos 5,20).



El Doctor Magnífico, san Anselmo, pone en boca del Padre estas maravillosas palabras: ‘Recibe a mi (Hijo) Unigénito y dámelo por ti’.

Y Jesús, a una con su Padre, me dice: ‘Tómame y redímeme’ (*Cur Deus homo II, 20*).

Genial fue el **modo de vencer a la muerte**, ‘el último enemigo’ (1Corintios 15,26) con su propia muerte, trocando nuestra muerte en vida eterna, nuestra derrota en rotunda victoria.

‘La Divinidad, tras el velo de la Humanidad, pudo acercarse a la muerte, la cual, al matar, fue muerta ella misma.

La muerte destruyó la vida natural, pero fue luego destruída, a su vez, por la vida sobrenatural.

¡A ti sea la gloria, que colocaste tu Cruz como un puente sobre la muerte, para que, a través de él, pasasen las almas, desde la región de los muertos a la región de la vida’ (San Efrén, *Sermón 3-4*).

Genial fue el **modo de engañar al demonio**, que había engañado a nuestros primeros padres en el paraíso, y en ellos a todo el género humano.

¿Cómo le engañó Jesucristo?

Con un despliegue (tan inconcebible como inesperado) de humildad, escondiendo su Divinidad, revistiéndose de debilidad e impotencia (Cfr. Filipenses 2,6-11), sin defenderse al ser inicuaamente condenado a muerte, ‘como oveja que llevan al matadero’ (Isaías 53,7). ¡Así es como confundió y humilló la soberbia del Maligno!

‘Pues Cristo venció al Diablo, valiéndose de aquello mismo con que el Diablo había vencido antes y lo derrotó con las mismas armas que él había utilizado.

Una Virgen, un árbol y la muerte fueron el signo de nuestra derrota (en el paraíso).

Mas he aquí que, de nuevo, una Virgen, un árbol (de la Cruz) y la muerte, antes signo de derrota, se convierten ahora (en el Calvario) en signo de victoria’ (San Juan Crisóstomo, *Sobre el cementerio y la Cruz*).

Finalmente, y a modo de síntesis, debemos contemplar la **belleza ‘virtual’ de Jesucristo** resucitado, es decir, la belleza de la ‘plenitud’ (pleroma) que se expande e inunda **toda la realidad cósmica**, belleza ‘virtual’ fundada en la ‘**pre-existencia**’ de Cristo, antes de la Encarnación; en la ‘recapitulación’ de todas las cosas; y en la consumación escatológica de la Creación, una vez ‘liberada de la esclavitud de la corrupción, para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios’ (Romanos 8,21).

La **intensidad mesiánica** penetra todos los espacios sin excepción.

Y la **extensión mesiánica** penetra todos los tiempos sin excepción.

Es en este contexto de ‘plenitud crística’ como se han de considerar los **milagros** obrados por Jesús, no sólo desde el punto de vista apologético (como ‘signos’ o ‘argumentos’ de su Divinidad y poder, a fin de suscitar la **fe** en El y en su seguimiento) sino también como destellos y fugaces anticipos de la ‘**nueva Creación**’, que se va gestando, a medida que se acerca la consumación escatológica; sin olvidar que el primero y **gran Milagro** (razón y fundamento de todos los demás, tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento) es naturalmente el mismo **Jesucristo resucitado**, con su Cuerpo y Alma glorificados.

‘El Padre de la gloria -dirá el Apóstol- sometió todo bajo sus pies’ (Efesios 1,22).
¡Cristo, el Hermoso, es el Rey del cosmos!

La **Realeza cósmica** de Jesucristo tiene (en virtud de su plenitud) su sentido, su unidad y su potencia salvadora, en **primer** término, no en el comienzo del mundo, sino a partir del **final**, de manera ‘retroactiva’.

El ‘caos’ inicial culminará en un cosmos ‘trans-figurado’, vestidura regia y sacerdotal de Cristo, teñida con su Sangre redentora.

Esta transfiguración cósmica era simbolizada, en la Tradición cristiana, con el símbolo de la primavera:

‘¡Florece, tierra, florece ¡que todo monte y valle, reverdezca. Florece, tierra. Brota, Salvador, de la tierra!’ (Canto de Adviento).

El Cristo ‘cósmico’, es el Cristo místico, el Cristo ‘total’, el Cristo ‘todo en todos’ (Colosenses 3,11), ¡un ‘Pan-cristismo’ sublime!

La sociedad, la Iglesia y el Cosmos, la totalidad, como una humanidad sobreañadida a la Humanidad de Cristo.

San Juan de la Cruz lo explica diciendo que ‘se une el alma con Dios, siente ser todas las cosas Dios’.

‘Mi amado las montañas,
los valles solitarios nemorosos,

las ínsulas extrañas,
los ríos sonoros,
los silbos de los aires amorosos' (Cántico, 14).

Y así, las montañas, los valles, las ínsulas, los ríos, los aires, la noche, la música, la soledad y la cena... todo, absolutamente todo, es en grado eminente, el Amado, el Hermoso Jesucristo.

San Ignacio, en la célebre 'Contemplación para alcanzar amor' (N. 235ss), síntesis y broche de oro de los Ejercicios Espirituales, nos hace considerar 'cómo Dios habita en las criaturas... dando ser, conservando... cómo **todos los bienes y dones descienden de arriba, así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas...**'

¡En las entrañas del Universo se escuchan, palpitan los latidos del Corazón de Cristo!

El Santo Padre nos revela su intensa experiencia del carácter universal y cósmico de la celebración eucarística 'sobre el altar del mundo. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la Creación' (Ecclesia de Eucharistia, n. 8).

Cristo resucitado es el **Liturg**o por excelencia, quien, como Sacerdote eterno, Rey del Universo y Cabeza de la Iglesia, glorifica al Padre, en el Espíritu Santo, entregándole el Reino, cuando El vuelva (Cfr. Redemptionis Sacramentum, n. 1).

TERCERA PARTE

Cristo, el gran 'Seductor'

Detengámonos, finalmente, para considerar al Hermoso como **el Modelo** perfectísimo que debe provocar nuestra contemplación amorosa y gozosa; como el **Medio** necesario para sumergirnos en el misterio trinitario; y como el único **Remedio** para levantar vuelo, y no caer en el fango de esta 'cultura' post-moderna, tan mediocre, vacía y tediosa.

Hasta sus mismos enemigos, los judíos, a pesar de su ceguera, de su odio y de su envidia, tenían que reconocer, de alguna manera, el poder de atracción que ejercía Jesús, acusándole curiosamente de 'seductor' (Mateo 27,63; Juan 7,12).

¡Tenía razón, a pesar suyo!

Aquella 'seducción' no se debía solamente a sus prodigios y milagros, o a un supuesto y falso mesianismo, de tipo político, sino a 'algo inefable', que, dentro de su sencillez, dejaba irradiar su fuerte, dulce y misteriosa personalidad, llena de una Majestad más que humana.

La Esposa del Cantar expresa su seducción hacia el Esposo, diciéndole:

'¡Qué suave el olor de tus perfumes,
tu Nombre es aroma penetrante!' (Cantar 1,3)

Aquí el 'perfume' no es más que la presencia del Hermoso, cuyo solo Nombre lo invade, lo penetra y lo embellece todo, haciendo estremecer a la Amada.

San Juan de la Cruz, 'especialista' en el tema de la belleza (no es casualidad

que, entre tantos atributos divinos, del que más habla en sus libros es precisamente de la Hermosura) una vez preguntó a una religiosa carmelita ‘en qué traía la oración’; y ella respondió: ‘en mirar la Hermosura de Dios y holgarme de que la tuviese’.

¡Oh! ¡Qué definición tan inspirada!

Se cuenta que el santo quedó tan contento que compuso y añadió varias estrofas a su magistral ‘Cántico espiritual’.

A la luz de la fe y al calor del amor, la Hermosura de Cristo provoca juntamente el asombro estético, la seducción amorosa y la delectación purísima.

‘Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura,
mira que la dolencia de amor
que no se cura

sino con la presencia y la figura’ (*Cántico, 11*).

Se trata de la dialéctica ausencia-presencia, que reactiva la intuición afectiva de la presencia del Amado en la ausencia de la ‘noche oscura’ de la fe desnuda, ya que ‘en soledad la guía, a solas su Querido, también en soledad de amor herido’ (*Cántico, 35*).



A este respecto es muy sugerente el arte como ‘mágico’ de los ‘íconos’, concretamente el famoso ‘Pantócrator’, en el que sobresalen sus grandes ojos, acordes con su soberana Realeza.

En efecto, ante la figura de Cristo, el espectador, más que observar se siente observado y traspasado por la mirada de esos ojos enormes, que lo ven y penetran todo, hasta el fondo de nuestra alma, pues nada escapa a su mirada omnipresente, que, además de amor, inspira un reverencial respeto.

¡No es suficiente mirarle... hay que dejarse mirar **por** El!

Oigamos a San Juan de la Cruz:

‘Cuando Tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían,
por eso me adamabas
y en eso merecían los míos adorar lo que en
Ti vían’ (*Cántico, 32*).

Cuanto más nos dejemos seducir por el Hermoso, tanto más fortalecidos nos sentiremos para resistir y despreciar cualesquiera seducciones del mundo, demonio y carne, que nos aparten lo más mínimo de El.

Así lo cantaba san Juan de la Cruz:

‘Por toda la hermosura
nunca yo me perderé
sino por un no sé qué
que se alcanza por ventura.

Que estando la voluntad
de Divinidad tocada,
no puede quedar pagada
sino con Divinidad;
mas por ser tal su hermosura
que sólo se ve por fe,
gústala en un no sé que,
que se halla por ventura’ (*Glosa a lo divino, 12*).

He aquí el ‘**secreto**’ para ser fieles a Jesús hasta la muerte, tanto en el celibato sacerdotal y en la práctica de los votos religiosos, como en el sacramento del matrimonio, para guardar la castidad o la virginidad, y, en general, para permanecer en gracia de Dios.

Jesús ha sido y será siempre el Hombre más ‘**simpático**’, en el sentido profundo de con-descender, com-padecer y com-partir todo lo que es en verdad ‘humano’.

En la ‘Divina Comedia’ el Dante imagina a Dios ‘**Risueño**’, pues la risa y la sonrisa es el rostro del amor feliz:

‘O dolce amor, che di riso t’ammanti’ (*Paraíso 20,13*).

¡Nunca hubo ni habrá jamás enamorado o enamorada que se parezca, ni de lejos, al divino ‘**Enamorado**’ (de su Padre y de su Iglesia) y máximo experto en el difícil y arriesgado ‘arte de amar’! ¡Qué bien lo saben los santos, por experiencia de fe!

Son deliciosas, por ejemplo, las diversas apariciones del Resucitado a sus discípulos y a las santas mujeres (¡cómo serían a su bendita Madre!).

En su júbilo y euforia post-pascual parecía como si ‘jugase’ con ‘los suyos’, así como una madre o un padre juega con sus hijos, o como juegan los enamorados... aparece y desaparece, se presenta ‘de incógnito’, hay escenas de ‘suspense’, con el fin de crear el ‘climax’, que culminará con el ansiado re-encuentro.

Sí. El amor es ‘juguetón’, porque no puede estar ocioso, pues no puede contener la alegría, sobre todo la Alegría infinita que mana del Corazón de Dios.

En la Sagrada Escritura, la divina Sabiduría se revela, al crear el paraíso para el hombre, como un Niño eterno ‘jugando’ de ilusión y alegría:

‘Desde la eternidad fui formada, desde el principio, antes del origen de la tierra. Cuando (Yaveh) colocaba los cielos... cuando marcaba su límite al mar... cuando asentaba los cimientos de la tierra, yo estaba junto a El... yo era su alegría cotidiana, **jugando** todo el tiempo en su presencia, **jugando** con la esfera de la tierra y compartiendo mi alegría con los humanos’ (Proverbios 8,23-31).

Hugo Rahner se refiere al maravilloso ‘místico juego del Logos’, desbordante de la alegría de permanecer eternamente en el seno del Padre y de salvar a los hombres

para ‘jugar’ con El, ya en este valle de lágrimas, y por siempre en la Patria celestial (Cfr. *El hombre lúdico*).

Este sentido lúdico de la vida cristiana es la raíz del ‘**humor**’ bien entendido, mezcla o armonía de alegría y de llanto, envuelto todo en el Misterio de Dios, humor característico de los santos, aun en medio de las mayores tribulaciones.

El ‘volvernos como niños’, que tanto deseaba Jesús, ¿no es acaso aprender y empezar a vivir, en este destierro, el sentido lúdico?

Y el amor lúdico se convierte en danza, en baile.

‘La sonrisa baila’, en expresión del poeta Rilke.

La ‘perijóresis’ es algo así como una ‘danza’ mística entre las Personas divinas en sus Relaciones inmanentes y eternas, gozando la misma embriaguez de Amor.

¡Por eso en el Cielo los predestinados siempre están de fiesta!

San Hipólito llamó a Cristo, el Esposo, ‘**el primer bailarín**’ de la danza mística, que en la Encarnación dio un maravilloso ‘salto mortal’ y acudió con rapidez, ‘saltando por los montes’ (Cantar 2,8) al encuentro de su amada Esposa (la Humanidad), para salvarla de la esclavitud del pecado y llevársela cautiva de amor a la ‘danza’ del Cielo, festejo exultante de las Bodas eternas.

Según san Agustín, el baile del rey David ante el Arca de la Alianza es un símbolo de la sagrada armonía en la eterna paz de la Ciudad de Dios (Cfr. *La Ciudad de Dios*, 17,14).

El Hermoso es particularmente seductor con algunas (muy pocas) almas ‘predilectas’, mostrándose a ellas con todas las gracias y finezas del más apasionado ‘**Romántico**’.

¡El más sublime ‘romanticismo’ es propiedad exclusiva **de los místicos**, de esas almas transparentes e incandescentes, olvidadas completamente de sí y sumergidas en el divino Esposo!

Basta citar, a modo de ejemplo, las intimidades deliciosas del Corazón de Jesús con santa Teresa de Jesús, o con santa Margarita María, o con santa Gema Galgani...!

¡El ‘Cantar de los cantares’ comienza con un beso!

Y el ‘transfondo’ de todo el poema, desde la primera palabra, no podía ser otro que el Amor abismal de la **Santísima Trinidad**, revelado por Jesucristo a su Iglesia.

Así comienza la Esposa:
‘¡Que me bese con besos de su boca!’

* Es el **Padre** a quien se implora, ya que El es ‘el Principio’, el que engendra al Hijo.

* El **Hijo** es la Boca, de donde brotan palabras de vida eterna.

* El **Espíritu Santo** es el Beso,



que la Boca del Padre ha impreso en nuestros corazones, el mismo Beso infinito que une eternamente al Padre y al Hijo.

¡Oh! ¡Sublime Romanticismo Trinitario, que apenas podemos ni balbucear con nuestros impuros e indignos labios! ¡Calle el hombre animal! ¡He aquí el secreto y el culmen de la genuina felicidad!

¡Para esta 'locura de amor', en definitiva, hemos sido creados!

Oigamos a san Bernardo: 'Felíz y sorprendente beso, por su desconcertante conexión.

Beso que es mucho más que la simple presión de los labios: **es la misma unión de Dios con el hombre.**

Con el contacto de los labios se intenta expresar la mutua identificación de sentimientos.

Pero con este otro beso, es unión de las dos naturalezas, asocia lo humano con lo divino, estableciendo la paz entre el cielo y la tierra.

Por esta razón los santos del Antiguo Testamento anhelaban este beso'.

Y, como en un arrebato incontenible, prorrumpe el santo Doctor de la Iglesia: 'Todos los profetas son como mudos. No, no. ¡Que me bese El con besos de su boca!

Con razón se me retiran las visiones o los sueños; no deseo representaciones, y hasta me desagradan las especies angélicas.

Porque todo les supera incomparablemente **mi Jesús** con su figura y su belleza.

¡Por eso, de nadie más mendigaré que me bese con besos de su boca: ni de ángel ni de persona alguna!' (*Comentario al Cantar, capítulo 1*)

La luz ardiente de Cristo convierte a los santos en antorchas vivientes, como Moisés al descender del Sinaí, con su rostro radiante de luz, por haber conversado con Yaveh (Exodo 34,29); o bien Juan el Bautista, a quien el mismo Jesús llamó 'la lámpara que arde e ilumina' (Juan 5,35).

La santidad no es otra cosa que la **recuperación de la primitiva belleza** (oscurecida después por las tinieblas del pecado) gracias a Cristo, el Nuevo Adán, 'la Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo' (Juan 1,9).

Nuestra misión sobre esta tierra no es otra que 'reflejar como en un espejo, la gloria del Señor' (2Corintios 3,18), para que El sea glorificado en nosotros.

'Padre -le dice Jesús- glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a Ti' (Juan 17,1).

Oigamos de nuevo a san Juan de la Cruz: 'Hagamos de manera que, por medio de este ejercicio de amor ya dicho, lleguemos hasta **vernos en tu Hermosura** en la vida eterna, esto es: que de tal manera esté yo (el alma) transformada en tu Hermosura, que, siendo semejante en hermosura, nos veamos entrambos en tu Hermosura, teniendo yo tu misma Hermosura' (*Cántico, 36*).

Nuestro Santo Padre, devotísimo hijo y apóstol de María, ha regalado a la Iglesia los 'cinco misterios **luminosos**', referentes de modo especial a la vida pública de Jesús, presentándonos a la **Santísima Virgen** como el 'modelo insuperable' para contemplar la vida de Cristo, ya que 'el Rostro del Hijo le pertenece de un modo

especial' y 'nadie mejor que Ella conoce a Cristo' (*Rosarium Virginis Mariae, n.10*).

La célebre e impactante pregunta de Dostoievski: '¿Qué belleza salvará al mundo?', no admite más que una sola respuesta: ¡Jesucristo!

Decía san Gregorio Nacianseno que 'Dios ha hecho al hombre el **poeta** de su resplandor', y podríamos añadir: el **testigo** de la belleza del Rey de toda belleza.

El Concilio, en su mensaje a los artistas, les decía: 'La belleza, como la verdad, es quien pone la alegría en el corazón de los hombres, es el fruto precioso que se resiste a la usura del tiempo, que une a las generaciones y las hace comulgar en la admiración'.

Es, pues, urgente **re-descubrir** y **transitar** el camino de **la belleza**, abriendo los ojos de nuestro corazón.

Es la mejor introducción a la vida de **oración** hasta llegar a la experiencia de Dios. ¡Esta debería ser siempre la **prioridad** para toda acción pastoral eficaz!

Una y otra vez se habla y se habla de 'pastoral'... y nos olvidamos de lo principal: ¡el Pastor hermoso! ¡Los resultados están a la vista!

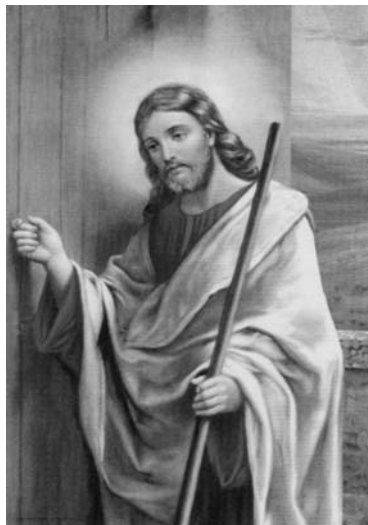
La **esencia del cristianismo** no es, en primer lugar (digo 'en primer lugar') una doctrina, ni una moral, ni un culto determinado, sino la **Persona** misma de **Jesucristo**. Todo lo demás es consecuencia, exigencia y garantía.

Toda **crisis** en la Iglesia comienza con el debilitamiento o la ruptura de nuestra **relación personal** con Jesucristo.

La **evangelización** se vuelve ineficaz o insuficiente (si no contraproducente) cuando queda reducida a ciertas verdades impersonales, o bien a un mero y 'prudente' diálogo inter-religioso, en lugar de anunciar con fe, pasión y belleza a un Jesucristo vivo, presente, íntimo, atractivo y palpitante de amor esponsal.

El **diálogo** debe conducir al **anuncio**, y el anuncio a la **conversión**.

¡Cuánta palabrería, cuánto papelerío, cuántas reuniones y comisiones de



pastoral, cuántos 'encuentros' para no encontrar nada, si no es disipación y ruido, incluso cursos de 'espiritualidad' en donde se habla más de teología que de Dios (que no es lo mismo), en donde los participantes, desgraciadamente, están muy lejos de exclamar, como los discípulos de Emaús: '¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros, cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?' (Lucas 24,32)

¡Oh! ¡Cuántas veces, en acciones litúrgicas, o en convivencias y reuniones con mis hermanos sacerdotes, me vienen ganas de llorar y de gritar:

¡¿Habéis visto al Pastor hermoso, al Amado de mi alma, a mi Príncipe azul?!

J.L.T-P.